

ingirieran los vicios del paganismo. Felipe II, Carlos IX, Enrique VIII apelaron á los medios que Neron y Diocleciano. La inquisicion fué la hoguera pagana reanimándose de sus cenizas. Las guerras de religion el estertor del paganismo. El Estado empezó por oprimir hipócritamente á sus enemigos para acabar por oprimir á la Iglesia. ¿Para qué quiere, pues, la Iglesia tan cara proteccion? Yo comprendria sin esfuerzo que se pidiese la proteccion de los Estados para la Iglesia en aquellos tiempos en que eran devotos hijos de su buena madre, y cumplian sus mandatos, y acataban sus consejos, y los reyes iban de rodillas á recibir en sus frentes el óleo que consagraba toda autoridad, y los pequeños reinos al nacer se acogian bajo los pliegues de su manto; yo comprendo la proteccion en tales tiempos; pero pedirla hoy, en que la vida de la Iglesia es una lucha continua con los poderes civiles; pedirla en estos tiempos en que la Iglesia ha combatido con Austria por las leyes josefinas, y con Toscana por las leyes leopoldinas; con los antiguos Borbones de Nápoles, Francia y España, por la espulsion de los jesuitas; con Napoleon el Grande por interpretacion del Concordato, y con el Chico, por la revolucion de las Marcas y las Legaciones; con los firmantes del último concordato austriaco, por la emancipacion de los judíos, y con la corte absolutista de Nápoles por la hacanea, ofrecida como un tributo de reconocimiento al Papa desde los tiempos de Carlos de Anjou: con Saboya, primero por la ley Sicardi que abolian la jurisdiccion eclesiástica, y despues, por la política del conde de Cavour; con Bélgica, con esa nacion pequeña por su territorio, grande por sus libertades, nacida al amparo del catolicismo, con Bélgica, por las ideas vertidas y la enseñanza dada en las universidades del Estado; con los cantones católicos de Suiza, de esa nacion que ha hecho de las montañas el altar de la democracia; con los cantones católicos de Suiza, por cuestiones de disciplinas, como el pase de Friburgo y el matrimonio civil del Tresino: con España, con el pueblo que se arrojó á la sima de la guerra universal, como Curcio por salvar el catolicismo, con España por la abolicion del diezmo, la desamortizacion y la estincion de los conventos; con la América española, con aquel nuevo mundo, descubierto para la Iglesia cuando, en virtud de la predicacion de Lutero, perdía la mitad del viejo mundo: con Nueva Granada por la asignacion al clero; con Mexico, por la desamortizacion, con Buenos Aires, por su indiferencia religiosa; pedir en estos momentos, con estos gobiernos proteccion, es tanto como pedir cadenas, es tanto co-

mo renunciar por el poder de un dia al poder de todos los tiempos, y por un pedazo de tierra donde fijar la planta, á la conciencia, ese cielo de la vida.

¡Qué comparacion con los siglos de libertad de la Iglesia! Subid, Exmo. Sr., con el pensamiento acostumbrado á meditaciones piadosas; subid á considerar los siglos IV y V. Son los siglos, en que Constantino pone la cúpula á la Iglesia con su rescripto de libertad; San Agustin á la ciencia cristiana, con su síntesis inmensa; Nicea al dogma con su definicion de la consustancialidad entre el Verbo y el Padre. Han cesado las persecuciones. La Iglesia es libre. ¡Qué espectáculo! Los Césares vencidos, las hogueras apagas por las lágrimas y la sangre de los mártires; los arúspices mudos, sin atreverse á invocar sus antiguos sortilegios; la pitonisa, inmóvil en su trípode, llevándose la mano á la fria frente, por donde no pasa una idea; la última transformacion del paganismo, ahogada; la herejía maniquea, que pugna por volver la humanidad al Oriente, vencida; la herejía pelagiana huyendo, no al resplandor de las armas, sino al resplandor de las ideas; la tribuna cristiana, alzada en Alejandría y sobre la tribuna Gregorio Nanzianzeno, Juan Crisóstomo; San Agustin desplegando el ideal de la ciudad de Dios: Paulo Orocio, esplicando el progreso en medio de la decadencia, el tirano degollador de una ciudad, prostrado de hinojos ante Ambrosio de Milan; la lira cristiana colgada de las columnas de las basílicas vibrando los sagrados himnos: y cuando la gran catástrofe viene, cuando se desquicia la antigua sociedad, en aquel dia del juicio final de todo el mundo romano, al estrépito de las ruinas, al fulgor de los incendios, entre las nubes de bárbaros que pasan montados en sus caballos, cuyas crines destilan gotas de sangre, bajo el filo de las siniestras espadas; los únicos hombres que tienen valor para arrojararse con los brazos abiertos en medio de aquella inundacion de razas, á detener el torrente, son los misioneros desarmados como San Severino, que doma á Odoacro; como San Leon, que detiene á Atila; como San Gregorio, que educa á los Lombardos, no con las armas, sino con la idea; no con la fuerza de los poderes mundanos, sino con la fuerza de la palabra divina; y mientras la negra noche de la barbarie viene y reboza la sangre en la tierra; allá en las ciémas se ven aparecer, como otras tantas arca de Noé flotando en el diluvio, los monasterios, donde se refugia la ciencia, los monasterios que brillan en aquellas tinieblas, como las cumbres nevadas de los Alpes, ceñidas del ether y alumbradas por el sol, con una serenidad perfec-

ta, en tanto que allá, en los hondos valles, se amontonan las nubes y ruge la tempestad, y se desata el rayo.

La Iglesia no renunciará, no, á recobrar en tiempos mas prósperos y con mas felices condiciones, esta libertad en cuya virtud obró tantos milagros. No renunciará á oír la voz de su Pontífice, sin que ningún poder le pueda cerrar el paso; á nombrar sus obispos con independencia completa; á tener sus cátedras, donde quiera que haya espacio para fundarlas, y discípulos que las cerquen; á celebrar sus concilios; á reunir esas asociaciones religiosas, sin las cuales apenas se concibe su existencia; á vivir vida propia, animada por la libertad, coronada por el derecho que le ofrece la democracia. Esto vale mucho mas que todo cuanto de ficticio pueda hacer por la religion el Estado. ¿Pues qué, el Estado se confiesa, comulga, se salva, se condena? Yo quisiera ver en el valle de Josafat el alma de nuestro Estado. El Estado, en literatura, es clásico ó romántico? ¿Es en medicina? homeópata ó alópata? ¿Esperitualista ó materialista? Seria de ver que mientras el Estado fuera muy católico, en un pueblo, de cuyo nombre, señor, no quiero acordarme, se creyeran únicos católicos ciertos ceacobitas de tribuna y de redaccion de periódicos, cuya vida es la intriga, cuyas armas son la calumnia, cuya moral el egoismo. Poner al frente de un gobierno el dictado de católico, y creer que por eso es católico el pueblo, son católicos los ciudadanos, es tan grande desvarío como creer que un pomo de veneno deja de ser nocivo, porque se le ponga un rótulo que diga "jarabo." V. E. como obispo, busca la religion, no en las vanas declaraciones del Estado, sino en los sublimes movimientos del alma.

Yo bien sé que V. E. en su celo paternal por el progreso de la religion, al fijar en estas palabras la vista, se acordará de la unidad religiosa. Esa idea le atormentará, leyendo estas cartas, y será un obstáculo invencible para aceptarlas. Permitame V. E. que le esponga algunas consideraciones. Si acierto, acéptelas; perdóname, si yerro. Hay dos ideas, que aun no se han realizado en el mundo; la idea de una nacion para todos, la idea de una religion para todos. Contra la primera idea se han estrellado grandes guerreros; contra la segunda grandes doctores. El cristianismo es indudablemente la religion que, por su alta metafísica, por su moral sencilla y adecuada á todas las condiciones de la vida, tiene los caracteres de religion universal. Dentro del cristianismo hay cuatro razas fundamentales en Europa, y las cuatro han dado un carácter particular á la idea cristiana. La raza

latina ha encontrado en el catolicismo, su fuerza moral, sus tendencias cosmopolitas, su espíritu social, su antiguo culto á la unidad, sus hábitos de organizacion y de disciplina; la raza germánica y anglosajona ha encontrado en el protestantismo, su carácter individualista, la apoteosis de la personalidad humana, el culto de la libertad de pensar; la raza Elena ha dado al cisma su mismo carácter, el predominio de la idea metafísica sobre la idea moral; la raza eslava, tendida á los pies de sus autócratas, ha dado á la Iglesia el carácter de un inmenso pedestal para su autocracia; y si penetramos allá en el fondo del Oriente, en la cuna de la humanidad, en el templo de donde han salido las religiones, allí donde el aire huele á incienso, encontraremos, segun las profundas observaciones de una sociedad de sabios investigadores, que las razas semítico-cristianas han dado un gran predominio á la idea del Dios único sobre la idea del Verbo y la gerarquía de los santos; y las razas indo-cristianas han concentrado toda la religion en María, han olvidado la primera persona de la Trinidad, han pretendido unir sus nuevas creencias con las antiguas, los santos con los dioses, como si el agua del bautismo no hubiera pasado de la frente sin penetrar en el alma. La ley de variedad se desmiente con mucha dificultad en la historia. Yo tambien quisiera, señor, como V. E., la unidad de un Dios, la unidad en un dogma, la unidad en una ley moral, pero la deseo por la predicacion, no por la fuerza; por los apóstoles y por los misioneros, y no por los soldados y los inquisidores.

Pues qué, ¿nos faltaba á nosotros la fé en la Edad Media? ¿No habia católicos y católicos vehementes en España, que reconquistaba el pátrio suelo á los árabes, cuando las milicias reales y las señoriales y las municipales se unian, yendo de Covadonga á Toledo, de Toledo á las Navas, de las Navas á Tarifa, de Tarifa á Granada? Si entramos en una de aquellas ciudades que aun quedan en pié, en Toledo, por ejemplo, piedra miliaria donde cada generacion ha escrito un recuerdo de gloria con un monumento imperecedero; si entramos en una de aquellas ciudades, veremos tras los muros torreados que las guardaban, tras las puertas, defendidas por los puentes levadizos, los bazares orientales; la mezquita mudejar adornada con todos los calados de la arquitectura granadina; con todos los recuerdos de la arquitectura siria: la sinagoga judía coronada por las maderas de los cedros del Libano, esmaltada por los talcos y dorados del Oriente, ceñida por las hermosas letras hebreas que guardan las divinas pala-

bras de David y de Isaías, mientras á la vista de aquellos templos, se alzan las caladas agujas de las iglesias santas, á cuyas puertas se celebran los contratos, en cuyos altares duermen el sueño de la muerte los guerreros, en cuyas paredes penden las adenas de los cautivos, al eco de cuyos campanas se reúnen las cortes y los municipios, uniendo así esos monumentos sagrados en sus piedras inmortales las dos ideas que fueron el grito de nuestros padres en la cruzada de los siete siglos, las dos ideas de Dios y libertad, que coronan como una diadema de fuego, las sienes de nuestro pueblo.

¿Pues qué, en nuestro mismo siglo no ha proclamado, no ha bendecido la iglesia la idea de emancipacion de la conciencia? Señor: al trazar las palabras en que voy á hablaros de ese gran poema, quisiera trazarlas como Fray Angélico trazaba sus cuadros religiosos, de rodillas: tan grande respeto me inspira. Habia un pueblo católico, esclavo de un pueblo protestante. El pueblo católico se llamaba Irlanda, el protestante Inglaterra. Irlanda formaba una sociedad de parias, cuando un día, el dolor esa musa divina, enjendró un hombre que llevaba en su alma la idea, y en sus labios el vervo de aquel pueblo. El gran orador reunia todos los grados del sentimiento y todos los tonos de la pasion, desde el sarcasmo y el insulto soez como pudieran salir de los labios de un campecino ébrio, hasta la poesía sublime, y la oracion ethérea, como pudieran salir de los labios de un ángel en éxtasis. Y sin mas escudo que su fé, sin mas arma que su palabra en la cual se oian los ecos de las olas y de las selvas pátrias, los gritos de los trabajadores, las maldiciones de las madres, los lleros de los niños, los ayes de los moribundos y los lamentos que, desde sus sepuleros lanzaban las generaciones pasadas, todos los ecos del alma de un pueblo suspendida de los labios de aquel hombre como el rocío de los pétalos de una flor, de aquel hombre, sí, que, poniendo sobre el viejo bastion de la aristocracia británica la escala de los derechos políticos, aplastando su intolerancia religiosa, emancipó la Iglesia calólica, y dejó en las torres de esa iglesia una bandera sagrada, en cuya presencia se descubrirán todos los pueblos y todas las generaciones, porque lleva escritas en sus pliegues las ideas que han hecho tan maravilloso milagro; la libertad de la palabra, la libertad de asociacion y la libertad de conciencia. Despues de esto, cansado de espíritu, y desmayado de fuerzas, dejo lo último que debo decirle para otro día, rogándole que consagre un recuerdo religioso á O'Connell, el héroe de nuestra causa, de la libertad de la Iglesia.

CARTA QUINTA.

Muy señor mio y de toda mi veneracion y respeto: Empiezo pidiéndoo; como siempre, perdon de mi atrevimiento, en gracia de mi amor á la verdad. Voy á presentar, en resúmen, los puntos generales de la cuestion. Ya lo he dicho; no soy del número de los que creen que la religion es asunto baladí, y que vale tanto para la filosofía, como la alquimia para la química. Aunque yo no creyera, aunque estuviese desnuda mi alma de toda aspiracion á lo infinito, y mi pecho de toda esperanza en la inmortalidad, bastariame que la religion fuese creencia de tantos pueblos; consuelo de tantas generaciones, ideal de tantos artistas, para bajar en su presencia la frente, y temblar con pavoroso respeto, contemplando su grandeza, mayor aún, cuando la comparo con la pequeñez de mi inteligencia. Por esto no puedo nunca tratar cuestiones religiosas, sin pedir á Dios que ilumine mi flaca razon; ni dirigirme á V. E., respetable por sus años, mas respetable por su ministerio, sin pedirle que disculpe mi atrevimiento. Pero no caigamos, por huir de la reverencia, en el miedo y el apocamiento. La religion es el cielo de la vida, y como cielo, es alegre y luminosa. Solamente los inquisidores, los verdugos del pensamiento, los que han querido hacer del altar el patíbulo de la conciencia humana, pueden amedrentar con la religion, convertirla en cielo de bronce sordo

á nuestros clamores, en negra nube preñada de amenazas, y resucitar aquella máxima del paganismo, nacida cuando el hombre solo se acordaba de sus faltas y solo temía el castigo. *Religio, id est, metus.*

De cualquier modo, el político, el publicista, todos los que tratan de buen ó mal grado de la cosa pública, no pueden menospreciar en sus investigaciones un elemento tal como el elemento religioso, sin ser reos de torpeza. Quédese para el filósofo quilatar las ideas religiosas; al repúblico solo toca ver cómo se han de armonizar con la vida toda social, cómo han de entrar en las condiciones generales del derecho. Y en verdad, la religion está destinada á ser no un poder material, sino un poder moral; ideal, no fuerza; quebrantadora, no forjadora de cadenas; juez de la conciencia, y no poder del Estado: que á moralizar, á purificar, á idealizar viene, y no á ser cortesana de los poderosos del mundo. Y este poder moral será mas grande, á medida que sacuda con mas fuerza de sus ethéreas alas el barro de la tierra; peso bastante grave, si no para cortar, detener su vuelo. No cabe dudarle. En nuestra civilizacion hay tendencias al egoismo, al placer, á la embriaguez de los sentidos. Es la accion natural contra un misticismo de diez siglos; reaccion que empezó en el Renacimiento, con el delirio del arte, y sigue en este siglo con el delirio de la industria y de la ciencia. El hombre ha medido y pesado la tierra; ha descompuesto en sus primeros elementos el aire: ha encontrado en el inmenso laboratorio de la creacion gaces impalpables como las ideas, ha hecho del vapor, despreciado de los antiguos por leve, una fuerza inmensa que compone y descompone la materia en las máquinas y devora el espacio en su inquieta carrera; ha arrancado á los cielos el rayo, y despues de encadenarlo bajo sus plantas, le ha obligado á escribir con sus chispas de oro la palabra humana por todas las regiones; ha escudriñado los secretos de los astros, oido sus incommunicables armonías, anotado en las tablas la música de las esferas, alcanzado á explicar la gravitacion universal; é igualmente ansioso de conocer lo pasado y lo porvenir, así ha abrazado los misterios de las creaciones anteriores en el fuego interno que deja sus señales por el granito, en los torrentes que, caidos de la atmósfera, esculpieron las montañas y estriaron los valles, como ha presentido las esperanzas de creaciones futuras en esas estrellas nebulosas que se desvanecen, ethéreas olas de nuevos mares de la vida en los últimos confines del espacio. Y es natural que, embriagado en esta vida y orgulloso con estos milagros, no haya comprendido otra vida mejor, no se haya alzado á otros mi-

lagros mas portentosos, y encerrando en la cárcel de su cuerpo triste mente, á guisa de antiguo y olvidado prisionero, el espíritu como el sátiro de la leyenda, se contenta con dormir en el lecho de la domada naturaleza. Contra esta tendencia, debe existir un poder moral. Hasta los filósofos mas materialistas y positivos lo reconocen así. La escuela que ha llegado á una síntesis de todas las ciencias en odio á la metafísica; la escuela que no pronuncia la palabra "Dios" ni una sola vez; la escuela que ve en las estrellas, no la gloria cantada por el Profeta, sino la gloria de Newton y de Laplace, casi invoca un poder de esta naturaleza. ¿Seria posible, señior, que lo dejaran escapar de sus manos, por romántico amor á los gobiernos pasados, por serviles complacencias con los gobiernos presentes, los únicos que pueden gloriarse de tener aún el talisman de ese poder en las manos?

Pero es necesario no hacer de Cristo, que por su sacrificio y por su muerte es un eterno ideal, un eterno ejemplar de la vida; no hacer de Cristo, cual suelen los neo-católicos, el cómplice de todas las tiranías. Los que tal hacen no conocen á Cristo. El Salvador, podia decir de ellos lo que decia Jehová de Israel: *Cognovit bos possessorem suum, et assinus præsepe domini sui et Israel non cognovit, et populus meus non intellexit.* Que traducido en perfrases y con aplicacion al caso presente, quiere decir: conoce el buey á su dueño, y el asno á su pesebre, y los neo-católicos no conocen á Cristo." No lo conocen, no. Hace diez y nueve siglos que su palabra está encerrada en la historia y aún no la han oido. Cuando holló la tierra temblaron los tiranos, y se estremecieron de esperanza los esclavos. No puede, pues, sostener Cristo la tiranía, cuando ha dicho: mi ley es de libertad. No puede sostener las castas, cuando ha dicho: entre vosotros el que quiera ser último, sea primero, y el que quiera ser el primero, último. No puede sostener el verdugo que aún reina en nuestra sociedad, quien probó con su muerte cuánto puede engañarse la justicia humana. No puede sancionar la desigualdad, el que nos mostró un solo Padre en la tierra, un solo Dios en el cielo. No puede ser cómplice de los soberbios, el que reunió bajo las alas de su amor á los humildes para inspirarles la conciencia de su espíritu. No puede mandar que nos postremos ante la corte de los tiranos, el que fué obligado hace diez y nueve siglos á postrarse de hinojos ante la Cruz, el patíbulo del esclavo. No vino á matar, sino á morir; no á castigar, sino á perdonar; no á esclavizar, sino á redimir. Y dicen los amigos de lo antiguo, los adoradores de toda tiranía, que los tiranos son imagen de Cristo. ¿Qué han hecho para

seguirle, para imitarle? Han convertido la corona que de cada una de sus espinas destilaba una gota de sangre, en diadema de brillantes; la frágil caña de escarnio, en espada para escarnecer y herir á los hombres; la hiel y vinagre, en orgáístico vino; la caridad, en guerra; la Cruz del martirio, en escabel de ambiciones; en vez de resucitar muertos como Lázaro, han enterrado pueblos vivos como Polonia é Italia, han nombrado por su primer ministro al verdugo, y sembrando la desolacion y el terror, se han llamado ¡qué blasfemia! continuadores de aquel cuyo corazon solo latió para amar, cuyos labios solo se abrieron para bendecir, cuyas manos taladradas por el clavo de la servidumbre, solo tocaron la tierra para romper todas las cadenas y exaltar á la igualdad religiosa todas las conciencias.

Yo sé muy bien que V. E., tan piadoso, rechazará con todas sus fuerzas, condenará con toda su autoridad, esta nueva manera de herejía que pretende fabricar despotismos y dictaduras, sobre la justa doctrina de Cristo, doctrina de libertad. Yo sé muy bien esto. Pero precisa hacer mas en la indiferencia por toda idea religiosa, que nos hiela hoy el alma; precisa que la Iglesia misma reclame la libertad para sí, y la reclame en prueba de su alto criterio de justicia, no solo en Polonia y en Inglaterra, sino en Italia y en España. Observad, señor, que no hay cimiento para fundar edificios duraderos como el cimiento de la libertad. Las varias formas históricas que han revestido la filosofía, la política, la ciencia, el arte en la sucesion de los siglos, en la dilatacion del espacio, han pasado, y lo que no ha pasado nunca, lo que no ha muerto todavía, es la libertad; porque la libertad ingénita á nuestra naturaleza, sublime, característica de nuestro espíritu, solo tendrá su sepulcro donde lo tenga el hombre.

Pues bien, para practicar la libertad en su esfera, la Iglesia no debe ser en política ni dominadora, ni dominada; ni dueña del Estado, ni sierva; *nec regnum nec instrumentum regni*. Parece á primera vista que nunca podría ser tan libre como siendo reina, como apoderándose del poder civil en nombre del poder religioso, como consiguiendo que el cura fuese tambien alcalde, y el obispo tambien gobernador, y el arzobispo rey, y el papa rey de reyes, señor de tantos señores, jefe de esta gerarquía monárquica universal. Seria caer, señor, en la tentacion de Satanás. Cristo estaba en el desierto. Apercibia sus fuerzas para la última lucha, su espíritu para la última prueba. Satanás intentaba perderle, para que no salvara á los hombres Y le llevó á una montaña, y le enseñó todos los reinos de la tierra, y se

los prometió. Y Cristo menospreció tan frágiles dominios, porque sabía que le bastaba la conciencia humana, ese reino sin término y sin límites. Tened la fortaleza de Cristo. Los negocios mundanos perturbarian todo el ministerio religioso. Reprender, no castigar; servir, no mandar; socorrer al pobre, no gobernarlo; curar al enfermo: este es el ministerio del sacerdote; mas respetado á medida que es mas humilde, mas dueño de su autoridad espiritual, á medida que es ménos dueño de la fuerza. El ejemplo de lo triste, de lo engañosa que ha sido la dominacion temporal de los Papas en Roma, prueba cuán funesto es el gobierno material del mundo para quien tiene el gobierno moral del espíritu. Mientras el Papa fué solo sacerdote, el Papa fué solo mediador entre los pueblos y los príncipes. Sin corona real, el pontificado obligó á caer de rodillas á Teodosio, á retroceder á Atila, á custodiarle á Alarico. Pero desde el punto en que fué rey, fué esclavo. Mas Papas han muerto por violencia en el trono, durante los dias de su mayor poder político, que murieron en las catacumbas durante los dias de su mayor afliccion religiosa. En medio del fuego de los Césares paganos y del hierro de los bárbaros en la Roma enemiga, fueron mas respetados que en la Roma sierva. No hablemos de las infinitas luchas del siglo noveno. En el siglo décimo contamos trece Papas ó prisioneros ó depuestos, y la mayor parte asesinados. En el siglo undécimo tres destronados, á uno prisionero de los normandos, tres fugitivos, uno á punto de envenenarse en su mismo cáliz y en la misa. En el siglo décimo-segundo, uno muerto peleando contra su mismo pueblo, otro prisionero de guerra y encadenado, otro perseguido y acosado como una fiera por Roger de Sicilia, otro conducido de cárcel en cárcel, de fortaleza en fortaleza hasta Francia, otro depuesto y errante, otro asediado en Benevento, otro espulsado de su sede y muerto de dolor en Verona. En el siglo décimo-tercio, en el gran apogeo del pontificado, ocho Papas mueren lejos de su silla en las amarguras del destierro. El siglo décimo-cuarto, es el siglo llamado del cautiverio de Babilonia. Ningun Papa es libre. Solo tienen paz en Roma cuando pierden su poder político sobre el mundo. Pero si Alejandro VI intenta inclinarse á Luis XII, recibirá insultos del Gran Capitan; si Clemente VII se conjura contra la política de Carlos V, verá las huestes imperiales entrando á saco la Roma católica destruyendo sus altares, asesinando los sacerdotes en los templos; y si Paulo IV se opone á Felipe II en Toscana, oirá los clarines de las huestes del duque de Alba amenazándole á las puertas del Vaticano.

no. El poder temporal es funesto para el sacerdocio. Así los padres de los primeros siglos lo rechazaron siempre. Ninguno de aquellos claros varones que llevaban en su mente la idea capital del dogma y en su corazón la sed del martirio, comprendía un sacerdocio-césar, un sacerdocio-rey. "Cuando soy débil, decía San Pablo en la Epístola á los corintios, entonces soy fuerte." "El ministro de Cristo, dice San Juan en su primera epístola, debe caminar por el mundo como caminara Cristo." "Si Cristo rehusó ser rey, dice Tertuliano en su libro de Idolatría, mostró claramente á los suyos qué caso debían hacer del fausto, de la dominación y demas dignidades humanas." "El rey, dice el Crisóstomo, comentando unas palabras de San Pablo, impone su voluntad por el mandato y por la fuerza; el sacerdote por la persuasión y por la libertad." Orígenes cita, en su epístola á los romanos para combatir todo dominio temporal de la Iglesia, las palabras de Cristo: "¿Quién me hizo juez para que decida entre vos y vuestro hermano?" "Y San Ireneo añade [L. IV. X.]: "En las Escrituras siempre á los príncipes, nunca á los sacerdotes, ordena Dios administrar justicia." Nuestro grande Osio compilaba en una sola frase dirigida á Constancio, toda la teoría de la libertad de la Iglesia, tal como hoy la comprendemos: "Ni á nosotros toca usurpar el imperio de la tierra, ni á vos arrogaros poder alguno sobre las cosas santas." "Los hombres del siglo, decía Synesio, citado por Fleury, deben gobernar, nosotros orar." San Hilario, citado por Philoteo en su libro del Papa, exclamaba: "Deploramos el error de nuestro tiempo, que cree que Dios necesita la protección de los hombres, y busca el poder del siglo para defender la Iglesia." "Los príncipes y magistrados, dice San Cipriano en su tratado de *Unitate Ecclesie*, enorgullecense de sus derechos á una dominación terrestre y pasajera; la autoridad episcopal solo tiene su ministerio de Dios." "¿Qué os parece mas digno, dice San Bernardo, perdonar los pecados ó dividir las herencias? Estos ínfimos cuidados atañen á los reyes y jueces de la tierra. ¿Por qué meter vuestra hoz en la agena mies?" Ya veis, Exmo. Sr., que por sentir general de los Santos Padres, de los hombres que mas han hecho por la Iglesia, que mas la han servido, que mas la han elevado, el sacerdote debe levantarse sobre nuestras ambiciones, desdeñar el poder de un dia, apartarse de una dominación que le ata á la tierra, y libre con su pensamiento, y seguro de su palabra, modelo de piedad en ideas, de caridad en obras, ir, no adonde gozan los poderosos, sino á donde padecen los humildes; curar con sus manos

las llagas del cuerpo, y con sus ideas las llagas del alma; recoger las lágrimas y evaporarlas entre oraciones en lo infinito; predicar la caridad al afortunado, el trabajo y la conformidad al desvalido; unir á todos en el regazo de la igualdad religiosa; y hasta cuando la vida acaba, y el mundo huye de los restos mortales que le apantan, orar á los piés del cadáver, para que se abra, el aquí finado, nueva vida allá en el cielo. Pero esto ni puede ni debe hacerlo, sino en nombre de su ministerio espiritual, con las armas de la persuasión, y en la santa libertad de la religion y de la fé, lejos de los poderes materiales y coercitivos del mundo.

Pero si no debe ser dominador, tampoco debe ser el sacerdocio dominado. Cuando esto sucede, los poderes mundanos tuercen á sus fines el misterioso poder de la idea religiosa, y la desnaturalizan. El consorcio del Estado y de la Iglesia fué igualmente nocivo para ambos en la Edad Media. El imperio y el pontificado consumieron sus fuerzas en una lucha estéril. Y por fin, la Iglesia concluyó por ser esclava del Estado. El pontífice Pascual II, lo preveía, cuando en el tratado de Sutri renunciaba á los beneficios reales, como ducados, marquesados, para atenerse á las obligaciones voluntarias de los fieles y recoger para sí exclusivamente las investiduras. Si este gran proyecto hubiera madurado, la Iglesia y el Estado se separan en el siglo décimo-segundo, y se realiza el principio de la libertad, todavía no conseguido en nuestro mismo siglo. La oposicion de la corte de Roma al pensamiento del Papa segó en flor la libertad de la Iglesia. Querian los cardenales que el emperador renunciara á sus privilegios religiosos, sin renunciar ellos á sus privilegios políticos. Pedían la renuncia de la investidura por el Estado, y condenaban la abdicación de los principados mundanos en la Iglesia. Y sucedió, que como toda grande injusticia tiene un grande castigo, á los pocos dias, aquellos hombres que habian malbaratado su libertad, y la santa libertad de la Iglesia, por la posesion de algunos terruños, fueron con el Papa presos por el emperador, atados con cuerdas, conducidos brutalmente entre las inclemencias de la naturaleza á la Sabinia, y allí, heridos y castigados como criminales. ¿Y qué sucedió? Que ni el Estado ni la Iglesia triunfaron. Que se dividieron las investiduras; y el Papa daba la investidura religiosa, por la cruz y el anillo; y el emperador la investidura material, los bienes terrenos por el cetro; y el ósculo de paz que se hubieran dado en el seno de la libertad la Iglesia y el Estado, se convirtió en perdurable guerra, á cuyo término estaba la